Ser y acto según Louis Lavelle

Algunos elementos de comparación con santo Tomás de Aquino[1]

Entre 1930 y 1950, Lavelle (1883-1951) es el metafísico francés más importante[2], junto a Blondel[3], por un lado, y Maritain, por otro —con quienes no mantiene relación alguna—; también cabe mencionar a Gabriel Marcel[4], con quien Lavelle solo tiene una relación lejana. A ambos se les califica de platónicos, lo cual es cierto, pero requeriría matices, dado que sus respectivos platonismos no son iguales. Cabe señalar que los años 1932-1937 constituyen un momento metafísico notable. En 1934 aparecen *Sept leçons sur l'être et les premiers principes de la Raison spéculative* [trad. esp.: *Siete lecciones sobre el ser y los primeros principios de la razón especulativa*, de J. Maritain; luego, en 1935, *Être et avoir* [*Ser y tener*], de Gabriel Marcel, y *L'être et les êtres*, *Essai d'ontologie concrète et intégrale* [*El ser y los seres: ensayo de ontología concreta e integral*], de M. Blondel; finalmente, *De l'être* [*Acerca del ser*] (1932) y *De l'acte* [*Acerca del acto*] (1937), de L. Lavelle, así como *La présence totale* [*La presencia total*] (1934). Una constelación similar vuelve a aparecer, en parte, tras la guerra, entre 1945 y 1951; sin embargo, entretanto, J.-P. Sartre había publicado en 1943 su obra de ontología, *L'être et le néant* [*El ser y la nada*], la cual no dejaría de influir en los años de la inmediata posguerra. Hablaba de una «constelación» para referirme a este periodo de posguerra: en 1947, J. Maritain publica su *Court traité de l'existant et de l'existence* [*Breve tratado del existente y de la existencia*]; ese mismo año, L. Lavelle publica *De l'être* [*Acerca del ser*]—una reedición completamente nueva de su obra homónima de 1937— y su *Introduction à l'ontologie* [*Introducción a la ontología*; en 1948, Ét. Gilson publica *L'être et l'essence* [*El ser y la*

[1] En lo que respecta a nuestro tema, cinco obras de Lavelle guardan relación con él. Las tres primeras, publicadas en la colección *Philosophies de l'esprit* de la editorial Aubier, son: *De l'être*, 1928-1947 (3 ediciones entre 1928 y 1947), *De l'acte*, 1937 —en particular su primer capítulo, «Être et acte», pp. 59-109—; *De l'intimité spirituelle*, publicada en 1955, cuya primera parte, «Être et acte», fue escrita entre 1936 y 1938, pp. 9-57; *La présence totale* de 1934 y un pequeño libro de carácter sintético —publicado no en Aubier, sino en las PUF— titulado *Introduction à l'ontologie* de 1947, especialmente por su primera parte sobre «las categorías primeras de la ontología» y sus «distinciones» entre ser y existencia (pp. 67-106). Asimismo, cabe mencionar «Les trois moments de la métaphysique», *L'activité philosophique contemporaine en France et aux États-Unis*, bajo la dirección de M. Farber, colección «BPC», t. II, PUF, 1950, pp. 121-135; y su *Traité des valeurs*, t. I: *Théorie générale de la valeur*, PUF, 1951, publicado poco antes de su muerte; en este último destaca el capítulo II, «L'acte ou l'unité de l'être et de la valeur» —integrado en la segunda parte del Libro II—, donde Lavelle retoma su teoría del ser y del acto (pp. 298-323). [N. del T.: *Acerca del ser,* trad. Laura Palma Villarreal, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1994; *Acerca del acto,* trad. Laura Palma Villarreal, Puntángeles/Universidad de Playa Ancha, Chile, 2001; *La presencia total,* trad. María Medina Santos de Santos, Troquel, Buenos Aires, 1961; *Introducción a la ontología,* trad. José Gaos, Fondo de Cultura Económica, México/Buenos Aires,1953].

[2] Véase, Raymond LOSA, «Louis Lavelle (1883-1951). L'itinéraire d'un philosophe spiritualiste», *MSR* 40 (1983), p. 185-205.

[3] Véase, Jean ÉCOLE, *La métaphysique de l'être dans la philosophie de Maurice Blondel*, Ed. Nauwelaerts, 1959.

[4] Gabriel Marcel concibe «el misterio ontológico», que es la dimensión metafísica y metaproblemática del hombre.

esencia][5]; en 1949, J. Guitton publica *L'existence temporelle* [*La existencia temporal*][6]; G. Marcel publica *Position et Approches concrètes du mystère ontologique* [*Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*] (1949) y *Le Mystère de l'être* [*El misterio del ser*] (en dos volúmenes, 1951); finalmente, F. Alquié publica *La nostalgie de l'être* [*La nostalgia del ser*] (1950)[7]. Desde entonces, no se ha vuelto a ver en Francia —hasta el día de hoy— un momento de tal densidad metafísica, en el que la cuestión del ser ocupe el centro de las interrogantes[8].

Lavelle se inscribe en la tradición espiritualista del realismo francés, cuya figura de referencia es Maine de Biran —junto con Ravaisson y Bergson, y, más atrás, Descartes y Malebranche—. Se habla, con razón, de un «realismo espiritualista» (término acuñado por Ravaisson) para caracterizar a Lavelle. Este «Platón francés», como algunos lo llaman, ocupa un lugar singular en el panorama filosófico.

El proyecto filosófico de Louis Lavelle es de carácter metafísico. Se trata de una reflexión sobre el ser y la conciencia del ser en su relación con un absoluto que lo fundamenta. La tarea de la filosofía consiste en estudiar, dentro de esta relación «originaria» —como él la denomina—, la totalidad de las operaciones del espíritu. En este sentido, la filosofía es «una meditación del espíritu sobre sí mismo», afirma Lavelle. Hablará, al igual que más tarde Aimé Forest, de intimidad y de interioridad para calificar la relación del ser con el espíritu y del espíritu con el ser.

La metafísica «procura recuperar el acto primitivo del que dependen conjuntamente mi ser propio y el ser del mundo»[9]; el acto que hace ser y en el cual todo participa. El acto de ser no se constata, sino que es objeto de una intuición y de una experiencia cuyas implicaciones el

[5] En 1946, el tomista medievalista de Lovaina, Fernand Van Steenberghen, publica una *Ontologie,* en las ediciones del ISP, Publicaciones universitarias de Lovaina. [N. del T.: *Ontología,* trad. Rafael Martínez Ferri, Gredos, Madrid, 1957].
[6] En este libro de ontología existencial, Guitton estudia la estructura y el desarrollo del ser.
[7] La década de 1950 ofrece los dos últimos tratados de metafísica, que marcan el fin de la metafísica del ser tal como se ha planteado desde Heidegger: Jean WAHL, *Traité de métaphysique*, Payot, 1953, y Georges GUSDORF, *Traité de métaphysique*, A. Colin, 1956. De J. Wahl, cabe mencionar su ensayo *Vers la fin de l'ontologie*, *Étude sur l'*Introduction à la métaphysique *d'Heidegger*, Sedes, 1956. Asimismo, hay que señalar la preocupación metafísica —en la que la cuestión del ser y de la esencia resulta central— presente en la obra de Jules CHAIX-RUY, *Les dimensions de l'être et du temps*, Vitte, 1953, pp. 203-292. [N. del T.: Wahl, J., *Tratado de metafísica,* trad. Francisco González Arámburu, FCE, México, 1960].
[8] La lectura heideggeriana de la historia de la metafísica dominará el pensamiento filosófico francés desde principios de los años cincuenta. Joseph MOREAU, en *La Conscience et l'être*, «Philosophie de l'esprit», Aubier, 1958, pp. 99-156, se opone a esta lectura.
[9] Cf. *De l'Acte,* p. 9.

filósofo debe analizar[10]: «La metafísica no utiliza otro método que la intuición... y el análisis que la desarrolla»[11]. La metafísica es una búsqueda del ser, de «esa fuente suprema de la que brota todo lo que es»[12], «del ser absoluto y de su relación con el mundo»[13]. No es la ciencia de los objetos, de la objetividad, pues el ser no se descubre desde fuera; se sitúa más allá o antes de lo fenoménico. Es desde el interior del sujeto cognoscente donde se revela, en la medida en que el pensamiento solo puede alcanzar el ser en esa intimidad espiritual. En este sentido, la metafísica del ser es una metafísica del espíritu[14].

Veamos cómo Lavelle vincula el ser y el acto[15].

El acto no es una operación; es, sin duda, un dinamismo totalmente interior al ser: «El acto no es una operación que se añada al ser, sino su esencia»[16]. El ser es acto; es acto de ser. Es uno por su acto, pero es múltiple por las acciones u operaciones que de él proceden y que lo expresan. La actualidad del ser se traduce en las operaciones espirituales de conocimiento y de amor que de él emanan[17]. El acto es interior y constituyente de los seres. Todo lo que es causa es acto. El acto de ser no es un hecho, sino una causa. El acto de un ente es el ejercicio de su actividad, de la cual el ser es la fuente. En Lavelle, el acto no es forma, sino su principio. Lo que constituye a los entes es el acto; es el ser el que constituye su acto.

El ser de los entes es «el acto mismo que hace ser», «un acto que se confunde con su ser mismo»[18]. «La expresión "ser en acto" significa simplemente ser»[19]. El acto constituye el ser; es «el acto de ser»[20], o «el acto de existir»[21] de los entes espirituales y libres.

El ser es la existencia; no el simple hecho de existir, sino el ser espíritu en acto. El «ser-acto» solo se predica de los seres espirituales: «La conciencia es el ser mismo tomado en su

[10] Cf. *De l'Acte,* pp. 11-12.
[11] «Carnets de guerre 1915-1918», *Les Belles Lettres*, 1985, p. 198.
[12] *Psuchologie spiritualité,* 1967, p. 61.
[13] «L'actualité de la métaphysique», *Science esthétique et métaphysique*, Grasset, 1967, p. 117.
[14] Cf. «La théorie de l'esprit», introducción a la obra inconclusa, publicada en *Louis Lavelle*, *Actes du congrès d'Agen* [1985], 1987, p. 104.
[15] Véase, en paralelo a nuestra presentación, Rolf SCHONBERGER, «Louis Lavelle, L'expérience de l'être comme acte», *AP* 53 (1990), p. 271-280.
[16] Cf. *De l'Acte*…, p. 132. Es «el ser del ser» («De l'insertion du moi dans l'être», *De l'intimité spirituelle,* p. 135).
[17] Cf. *De l'Acte*…, p. 363.
[18] *De l'Acte*…, p. 66, y p. 132. Es «el ser del ser» («De l'insertion du moi dans l'être», *De l'intimité spirituelle,* p. 135).
[19] *De l'Acte*…, p. 370.
[20] *De l'Acte*…, p. 65, 365.
[21] *De l'Acte*…, p. 365.

fuente»[22]. En *De l'intimité spirituelle* [*La intimidad espiritual*], afirma: «Es la existencia espiritual la que nos revela la existencia en su forma primitiva y auténtica»[23]; y en la *Introduction à l'ontologie* [*Introducción a la ontología*]: «Es el espíritu el que es el ser»[24]. Asimismo, en «Les trois moments de la métaphysique» [«Los tres momentos de la metafísica»], señala: «Existe una identidad entre el descubrimiento del ser y el descubrimiento de la espiritualidad»[25].

El ser, en tanto que acto, es «la clave de la metafísica», sostiene[26]. El ser es acto —«acto puro»—, anterior a la esencia (o a las esencias), las cuales no son nada sin esta actualidad primera y universal. El acto es «principio interior del ser y fundamento de su unidad»[27]. El ser solo puede «definirse como un acto»[28]. Existe una «identificación entre el ser y el acto»[29], tanto en lo que respecta a la totalidad que constituye el conjunto de los seres —y que los precede—, como en lo que atañe al ser particular[30], el cual es un acto limitado por ser participado[31]. El ser total «es el único capaz de conferir a los seres particulares una existencia por participación, idéntica a aquella de la que él mismo goza esencialmente»[32]. El ser, como acto puro, hace existir. Los seres particulares se realizan «gracias a un acto de participación que les es propio»[33]. El ser particular «se comunica con la totalidad y se une a ella mediante una participación en su esencia creadora»[34]. El Todo —acto puro— es, a la vez, inmanente y trascendente; es causa, es el ser que comunica el ser a todo lo que existe, a todo lo que participa de su actualidad primordial.

El ser es acto; no se presenta como una cosa o un objeto, sino que nunca deja de realizarse, pues constituye un principio dinámico unívoco en todos los seres. El ser no es un hecho, una realidad estática, sino una realidad autorrealizadora, simple, que lo contiene todo, que es fecunda. El ser es unívoco en todos —aunque se realice de diversas maneras según la esencia— ; es acto, una participación en el acto puro con el cual forma una unidad, ya que se predica

[22] Lección inaugural en el Colegio de Francia (1941), p. 2.
[23] *De l'intimité spirituelle*…, p. 162.
[24] *Introduction à l'ontologie*…, p. 92.
[25] *L'activité philosophique*…, p. 135.
[26] *De l'Être*[1], p. 45, 101, 123, 129, 184.
[27] *Ibid.,* p. 83.
[28] *Ibid.,* p. 103.
[29] *Ibid.,* p. 9.
[30] Cf. *Ibid.,* p. 158, 110, 130.
[31] Cf. *Ibid.,* p. 158.
[32] *Ibid.,* p. 8, 10, 109.
[33] Cf. *Ibid.,* p. 186.
[34] *Ibid.,* p. 120, y véase, p. 24.

unívocamente del todo y en todos[35]. Por ello, el «ser total» está presente en cada uno de los seres particulares, sin dividirse ni multiplicarse. El acto es indivisible en la diversidad de sus manifestaciones, dentro de los seres particulares dotados de conciencia. Dado que el acto es de naturaleza espiritual, la definición del ser a través del acto —como ya hemos señalado— solo se aplica a los seres dotados de conciencia y libertad. Todas las otras cosas no son actos, sino datos. Cualquier entidad que no sea un ser espiritual posee un estatuto ontológico diferente. Estas otras realidades —que son seres, o «seres-cosa», como él mismo expresa en ocasiones— no poseen una densidad ontológica suficiente para ser calificadas como «seres en acto»; su existencia es meramente relativa al Todo y a los seres espirituales que habitan en él.

El Todo, o el Ser total, es Dios: la plenitud del ser —del ser unívoco que se predica de todo cuanto existe—, el cual no es una cosa. No existe nada fuera de Él, puesto que no hay nada fuera del ser. Dios solo puede crear otros seres comunicándoles su propio ser[36]. Y este ser comunicado, al ser acto, se comunica de manera continua. Lavelle, siguiendo a Malebranche —a quien remite en este punto—, habla de «creación continuada»[37].

El ser, que es acto, posee una esencia. En cuanto al Acto puro —inmanente y trascendente a la vez—, este es su propia esencia: su esencia es su acto, por identidad. Él es el ser por esencia, mientras que los seres participados han recibido la existencia —que no es otra cosa que el ser en acto en su relación con la esencia—, la cual se constituye en el tiempo. Según Lavelle, los seres participantes se forjan a sí mismos a partir de la existencia que se les ha otorgado, permitiéndoles así conquistar su esencia, la cual es siempre individual[38]. En su obra *De l'acte* [*Acerca del acto*] (1937), Lavelle afirma que la existencia precede a la esencia, anticipándose a la formulación que Sartre ofrecería más tarde en *L'être et le néant* [*El ser y la nada*] (1943). Los «seres-cosa» carecen de una esencia individual, dado que no poseen la iniciativa de sus propios actos; por consiguiente, son incapaces de constituir su esencia. Están más bien «actuados» que actuantes, aunque Lavelle distingue entre ellos a los seres materiales y a los seres espirituales. Entre estas dos categorías de seres —conscientes y no conscientes— se produce una «inversión de las relaciones entre esencia y existencia»[39]. Los seres-cosa, de

[35] Cf. *De l'être*[3], p. 84.
[36] Cf. *De l'acte…*, p. 166, 181, 219, 222, 373, 375-376, 401.
[37] Cf. *Entretiens sur la métaphysique et sur la mort*, VII § 7. Descartes habla más bien de *continuata productio*.
[38] Cf. *De l'intimité spirituelle…*, p. 185, 187.
[39] Cf. *De l'Acte*…, p. 96.

carácter material, están constituidos por una esencia y carecen de libertad; por el contrario, los seres espirituales son libres: se están haciendo, se están constituyendo a sí mismos.

La filosofía del ser, entendido como acto, se prolonga en una metafísica del ser libre —de la libertad del ser espiritual—, «puesto que no hay libertad más que en el espíritu»[40].

El ser es acto —añadamos ahora: acto espiritual—; el ser es el espíritu, y el espíritu es el ser: «La conciencia es el ser mismo tomado en su fuente»[41]; es «ese acto mediante el cual el espíritu se hace a sí mismo»[42]. En *De l'intimité spirituelle* [*La intimidad espiritual*], afirma también: «Es la existencia espiritual la que nos revela la existencia en su forma primitiva y auténtica»[43]; y en la *Introduction à l'ontologie* [*Introducción a la ontología*]: «Es el espíritu el que es el ser»[44]. Asimismo, en «Les trois moments de la métaphysique» [«Los tres momentos de la metafísica»] señala: «Existe identidad entre el descubrimiento del ser y el descubrimiento de la espiritualidad»[45]. El ser es acto y espíritu. Se halla en el fundamento de la existencia; es la existencia, en la medida en que esta constituye la medida y el principio de la esencia en los seres libres.

Hemos visto que el ser particular es una participación en el ser total; más aún, el acto particular es una participación en la actualidad absoluta de ese Todo que es el ser total[46]. Este Todo es la fuente de todo lo que existe. Se asienta en una independencia absoluta y una suficiencia perfecta. Lo absoluto —el acto puro, o el Todo— no depende más que de sí mismo[47]. Es el Ser del cual todo depende y fuera del cual no hay nada[48], salvo participaciones en su actividad o manifestaciones de su presencia; es la presencia total, así como es el ser total[49]. El ser total, el ser absoluto, es el ser puro, del mismo modo que es el acto puro. Ahora bien, lo propio de la actividad del ser puro es hacerse eternamente, mientras que el ser participado se hace temporalmente. La identidad del ser y del acto en el Todo significa la perfecta interioridad de sí mismo respecto a sí mismo. Lavelle afirma que es «sí mismo», y no «en sí mismo». Es,

---

[40] *De l'Acte*…, p. 157.
[41] Lección inaugural en el Colegio de Francia (1941), p. 3.
[42] *Du temps à l'éternité*…, p. 145.
[43] *De l'intimité spirituelle*…, p. 162.
[44] *Introduction à l'ontologie*…, p. 92.
[45] *L'activité philosophique*…, p. 135.
[46] Cf. Jean ÉCOLE, «Le Dieu de Louis Lavelle», *Filosofia Oggi* 6 (1983), p. 439-460; véase el prefacio de Lavelle al libro de Michele Federico SCIACCA, *L'existence de Dieu*, Aubier, 1954, p. 7-14, y sobre todo *De l'acte*, l. I, tercera parte: «Le soi absolu», p. 105-160.
[47] Cf. *De l'Acte*, p. 122.
[48] *Ibid*., p. 127.
[49] Cf. *De l'être*[3]…, p. 248.

dice Lavelle, el «Sí mismo universal», el sí mismo de aquel que es por sí mismo[50]. Es causa de sí mismo: ser por sí mismo —y no por participación— equivale a ser causa de sí mismo. Volveremos sobre esto. A veces —aunque con menor frecuencia—, Lavelle se refiere al ser total como el Ser primero, el Ser universal, el Ser perfecto, el Ser incondicionado. El acto puro es un «acto sin limitación», «sin determinación» que le sea exterior[51]. El acto puro está «desprovisto de pasividad»[52]. Es un acto «pleno y acabado», un «acto supremamente pleno» al que nada le falta. Es el acto que es solo acto, sin esencia —o, mejor dicho, cuya esencia es acto por sí mismo—. El acto puro de ser es actividad absoluta, sin devenir. Dios no «llega a ser» sí mismo. Dios es, por tanto, la síntesis del espíritu y de lo absoluto; es espíritu absoluto o espíritu puro. Es totalmente para sí mismo y por sí mismo; es perfectamente simple, sin composición interna, pues solo los seres particulares —las participaciones finitas— son compuestos.

Dios es por sí mismo; es causa de sí mismo. Examinemos este punto.

El acto puro consiste en ser sí mismo por sí mismo, ya que es el principio de su propio ser. «Existir» y «crearse a sí mismo» son una sola y misma cosa, afirma —de manera singular—[53]. Lavelle toma la fórmula «Dios es causa de sí mismo» de Séneca —citada por Lactancio: *Deus se ipse fecit*[54] ["Dios se ha hecho a sí mismo"]— y de san Jerónimo: *Et ipse origo est suaeque causa substantiae*[55] ["Y Él es origen y causa de su substancia"]. Pero, sobre todo, es en Descartes —especialmente en su controversia con Caterus y Arnauld— donde Lavelle encuentra esta idea, la cual emplea en más de veinte ocasiones[56]. Es consciente, sin embargo, de la ambigüedad de la fórmula[57]. Dios no es causa ni efecto de sí mismo, sino que es causa de sí —así como del ser—; es «siempre causa y nunca efecto»[58]. Es «una causa cuya esencia no es más que ser causa»[59], un ser «siempre causante y nunca causado»[60], o bien «una causa que engendra sin ser ella misma engendrada jamás»[61]. Otra fórmula, más ambigua, es la que lo

[50] *De l'Acte…*, p. 128.
[51] *La présence totale…*, p. 11, 16.
[52] *De l'Acte…*, p. 67.
[53] *Introduction à l'ontologie…*, p.61; *Du temps et de l'éternité…*, p. 377; *De l'Acte…*, p. 111-126: «L'Acte cause de soi».
[54] *Divinae institutiones*, Lib. I, cap. 7.
[55] *In Ephe*s. III, 14.
[56] Véase, J. ÉCOLE, «La notion de "*Deus causa sui*" dans la philosophie contemporaine», *RT* 54 (1954), p. 374-384.
[57] Lo mismo ocurre en Blondel, quien, al igual que Lavelle, no quiere renunciar a la expresión; cf. *L'être et les êtres*, PUF, 1935; véase el estudio de Jean ÉCOLE, «La notion de "*Deus causa sui*"…», págs. 378-381.
[58] *De l'Acte…*, p. 120, 128, 129. No existe causalidad de sí sobre sí.
[59] *Ibid.*, p. 121.
[60] *Introduction à l'ontologie…*, p. 19.
[61] *Du temps à l'éternité…*, p. 336.

describe como el ser en el que queda abolida «la distinción entre lo que crea y lo creado». Si bien en Descartes el *causa sui* alude a esa propiedad divina de carecer de causa —dado que Dios goza de una independencia perfecta—, para Lavelle el *causa sui* significa también que Dios es pura iniciativa: iniciativa de sus propios actos, causa de su propia actividad[62]. Ser causa de sí mismo equivale a ser libre con respecto a aquello que no es uno mismo. Esta facultad de ser causa de sí es una capacidad participada por los seres libres, quienes poseen la iniciativa de sus actos y son causa de sí mismos a través de ellos, pues —como ya hemos visto— tales actos constituyen su esencia.

Si Dios es acto puro, es causa de sí mismo sin principio, ya que es eterno[63]. Aquello que constituye el puro acto de ser es eterno, ajeno a toda sucesión, anterioridad o posterioridad. Dios es inmóvil, no por inercia, sino en tanto que principio de todos los movimientos. La inmovilidad divina es una inmovilidad de plenitud: «es plenitud»[64]. Su actualidad inmóvil implica que posee toda la perfección del movimiento; es movimiento puro, «la movilidad perfecta, totalmente interior a sí misma»[65]. El acto puro realiza la perfecta interioridad de sí respecto a sí; es «perfecta conciencia de sí»[66].

Lavelle llega a afirmar que Dios posee una esencia, una naturaleza. Él «no es más que esencia», es «la existencia misma de la esencia», «su esencia se identifica plenamente con su existencia»[67]. Ambas nociones dejan de ser distintas. Su esencia consiste en existir, mientras que, en los seres participados, la existencia precede a la esencia, sirviéndole de fundamento. En Dios, la existencia no añade nada a la esencia; la esencia de Dios no es otra cosa que su pura existencia, su actualidad pura y absoluta. Dios es el acto puro de ser, en el cual la existencia y la esencia coinciden *simpliciter*.

Dado que Dios carece de limitaciones, es también infinito, en el sentido de un infinito actual. La infinitud no es una propiedad a la que él conceda una importancia especial. Dios es el infinito en acto, y no el infinito inacabado de los griegos. Así pues, «no existe otro infinito actual que el del acto puro»[68]. Es el infinito en acto; este infinito actual equivale a la perfección,

---

[62] *De l'Acte…*, p. 120.
[63] Sobre la eternidad divina y la relación del tiempo con la eternidad, véase *Du temps et de l'éternité,* cap. 12: «L'éternité», p. 403-438.
[64] *Introduction à l'ontologie…*, p. 82.
[65] *De l'Acte…*, p. 17.
[66] *De l'Acte…*, p. 26; *La présence totale*, p. 128, 129.
[67] *De l'Acte…*, p. 107.
[68] *De l'Acte…*, p. 259.

tal como ocurre en Descartes[69]. No hay infinitud que no sea perfección en acto. Existe una «identidad entre lo infinito y lo perfecto»[70]. Dios es infinito con una infinitud de perfección, lo cual implica plenitud y totalidad. Es el ser total, determinado. No es un ser indeterminado, puesto que existe por sí mismo, es causa de sí y constituye un acto puro. No se encuentra en potencia; más bien, posee la potencia —es, de hecho, su propia potencia—: la potencia del acto puro, de aquel que es únicamente causa, y, ante todo, causa de sí mismo.

Si me han seguido, podrán percibir ciertas convergencias —o, mejor dicho, consonancias—, a veces sorprendentes, entre santo Tomás y Lavelle; pero también diferencias profundas. La más notable —y no es poca cosa— es su concepción del ser unívoco. La equivalencia que establece entre Dios como «acto puro» y Dios como *causa sui* es ajena a santo Tomás.

El ser es unívoco porque es universalmente idéntico a sí mismo en todos los entes y en el ser total. La presencia total del ser por sí mismo es idéntica al acto mediante el cual el «acto puro» hace existir a los seres y se hace ser a sí mismo. El «actualismo» lavelleano no coincide con el realismo del acto de ser. No obstante, se discierne una misma atención hacia la actualidad fundante de los seres —hacia aquello que constituye el principio de unidad de todos los seres participados—; Lavelle busca el significado del ser. Es el único metafísico —después de Bergson, e incluso más que Blondel o Marcel— que, trascendiendo la omnipresente problemática de la existencia y la esencia, y valiéndose exclusivamente de las vías del método reflexivo, logró recuperar el lenguaje del ser y el camino de la metafísica en el ámbito francés; un hecho que Aimé Forest ya había señalado a principios de los años treinta. En una época en la que —al parecer, en vano— se indagaba si aún era posible una metafísica del ser tras la crítica kantiana, antes de Heidegger (a quien conoce, aunque de forma deficiente) y antes de su reciente refutación, Lavelle —con sus limitaciones— mostró, casi en solitario, una vía de acceso posible al ser y a la intelección del ser. Por ello, junto con Blondel, ocupa un lugar singular en la constitución de una historia de la metafísica dentro de la filosofía francesa del siglo XX. A mi juicio, los tomistas fueron demasiado tímidos con él; no vieron lo que —en el clima de los años 1930-1960— él asumía y salvaguardaba del proyecto medieval, más allá de las aporías kantianas que Lavelle pretendía superar.

[69] *Traité des valeurs*, t. I…, p. 575.
[70] *Introduction à l'ontologie…*, p. 93.

Se puede apreciar lo que separa a Lavelle de santo Tomás. El ser como acto no es correlativo a una esencia; es un acto puro. Se habla de «actualismo» para calificar su doctrina. Para santo Tomás, el acto de ser —el *esse*— en los entes es siempre correlativo a una esencia; ambos mantienen una relación recíproca de determinante a determinado.

Lavelle evita definir el ser como una mera posición en la existencia, como un hecho o una realidad dada; lo define, en cambio, como un dinamismo, como una actualidad dinámica, como un «hacerse». Lavelle retoma la fórmula escolástica que hace suya: *operatio sequitur esse*[71]. «Tal como soy, así actúo»; es decir, según Lavelle, actúo en tanto que soy un ser en acto, pero no en virtud de poseer una esencia determinada. Soy un ser que actúa, por lo tanto, no soy un ser aprehensible, objeto de una definición. Ahora bien, santo Tomás sostiene, más bien, que el modo de actuar —o modo de operación— se deriva del modo de ser del ente (*modus operandi sequitur modus essendi*[72]): el ente actúa porque está en acto conforme a su esencia. Esto es precisamente lo que Lavelle no dice —o, mejor dicho, lo que se prohíbe afirmar—, dado que, para él, la esencia es posterior al ser. El ser no es el objeto, ni la cosa; no es ese «estar ahí» que yo fijo en un momento dado mediante un acto lingüístico —el cual, por lo demás, no constituye la medida del ser—. Ahora bien, según él, se trata del «error común a la mayoría de las teorías del ser»[73], el «prejuicio esencial de la metafísica»[74] moderna, el cual fabrica antimetafísica.

Lavelle elogia a Kant por haber arruinado «la metafísica del objeto» —del *esse objectivum*, del ser llamado objetivo, concebido como la razón común de todo lo que es representable y representado—, pero también lo acusa de permanecer prisionero de ella. Lavelle propone sustituirla por una metafísica del acto de ser interior a sí mismo[75]. La «cosa en sí» de Kant representa, a sus ojos, «un monstruo lógico»[76]. Al objeto cabe sustituirlo por el sujeto, o más bien por una metafísica de la intimidad del ser con el espíritu, de la interioridad espiritual. Esta metafísica del ser y del acto es, al mismo tiempo, una filosofía del espíritu. Existe, en efecto, una connaturalidad fundamental entre el espíritu y el ser. Aimé Forest retomará el proyecto lavelliano. «El sentido del ser», despertado por Lavelle, recorrerá —en la obra del filósofo de Montpellier— la doble vía de la interioridad agustiniana y la analogía tomista. La actualidad

[71] Véase el artículo: «Operari sequitur esse», «Agere sequitur (*ad*) esse (*in actu*)», *Dictionnaire de philosophie et de théologie thomistes*, «BRT», Parole et Silence, 2023.
[72] *Sum. theol.,* Iª, q. 89, a. 1, c; *De veritate*, q. 19, a. 1, ad 5.
[73] *La présence totale…*, p. 102.
[74] *De l'Acte…*, p. 129.
[75] Cf. *Traité des valeurs*, t. II…, p. 5.
[76] *De l'Acte*, p. 127. La cosa en sí es una noción contradictoria (cf. *De l'être*[3]…, p. 286).

del ser solo se capta en esta interioridad reveladora que, según Forest, constituye la vida del espíritu.

Fr. Phillippe-Marie Margelidon, o.p.